

Históricas Digital

David Piñera y Bibiana Santiago Guerrero

“Aportaciones sobre la cartografía y crónicas bajacalifornianas”

p. 289-304

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

LAS CALIFORNIAS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



APORTACIONES SOBRE CARTOGRAFÍA Y CRÓNICAS BAJACALIFORNIANAS

DAVID PIÑERA RAMÍREZ
BIBIANA SANTIAGO GUERRERO

Dentro de la fecunda trayectoria historiográfica de Miguel León-Portilla, la península de Baja California ocupa un lugar especial, tanto por la riqueza y volumen de la información que ha reunido sobre ella, como por la forma sistemática que la ha trabajado.

Sus obras sobre temas fundamentales, sus ediciones de autores de primer orden y sus publicaciones de fuentes primarias relativas a la región, constituyen en la actualidad un acervo indispensable para todos aquellos interesados en la historia de la península.

Junto con la aportación que significa el publicar fuentes primarias, sus estudios preliminares ofrecen un sin fin de vetas para la investigación, pues además de contextualizar las obras y ofrecer un panorama biográfico de los autores, sus análisis del contenido permiten conocer la riqueza temática de las obras.

El gran acopio de información sobre la historia bajacaliforniana llevada a cabo por León-Portilla ha desembocado también en importantes estudios históricos. Entre ellos destacan los relativos a las exploraciones geográficas coloniales, la cartografía peninsular, los grupos indígenas, la colonización civil e, incluso, cuestiones de identidad regional, como el “ser” y “forma de ser” de “el norteño”.

De esta manera, el interés por la península que, al decir del autor, surgió en su niñez, cuando quiso convencer de la existencia de una “California Mexicana” a una obstinada maestra empeñada en afirmar lo contrario, fue convirtiéndose en un profundo amor hacia su historia y su gente.

Su producción historiográfica muestra que la “California Mexicana” fue para él, más que un tema, un proyecto de investigación realizado en forma paulatina pero consistente. En tal empresa se conjuntaron la investigación histórica, el rescate de fuentes documentales y la no menos importante labor de gestión para crear instituciones académicas y formar acervos históricos. Con todo ello, sin lugar a dudas, se ha cimentado la perdurabilidad de un proyecto ahora compartido por un buen número de

personas e instituciones interesadas en el conocimiento de nuestra historia bajacaliforniana.

Estudio sobre cartografía californiana

La obra que en gran medida resume su labor de investigación en torno a Baja California es *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Fundación de Investigaciones Sociales A.C. (1989).¹ En ella, documentos, crónicas y conceptos elaborados a lo largo de más de treinta años se conjugan para dar vida a una obra que muestra cómo se fue construyendo el conocimiento de la configuración geográfica de la península entre los siglos XVI y XVIII, proceso por demás interesante si advertimos —tal como afirma León-Portilla—, que los litorales del noroeste de América del norte fueron los que encerraban el mayor número de incertidumbres a través de las tres centurias del septentrión novohispano.² Por otra parte, la península de Baja California imprime a nuestro país uno de los rasgos más peculiares de su contorno geográfico, así que abordar sus vaivenes en el ámbito de la cartografía resulta una notable contribución.

La obra se basa en relatos, diarios, derroteros, informes, crónicas, mapas y cartas geográficas elaboradas por quienes protagonizaron con denodado empeño la tarea de explorar, conocer y dominar esta parte del continente, en nombre de la Corona española. A la vez, se incorporan los mapas diseñados en el mismo periodo, cuya finalidad consistía en representar una *Imago Mundi*, es decir, mapas donde se aprecia la perspectiva que iba adquiriendo la península de Baja California en términos de la geografía universal. Estas cartas geográficas, de un notable valor artístico, proceden de repositorios europeos en los que se resguardan los documentos más representativos de lo que podríamos calificar como proceso de construcción del conocimiento de la geografía del globo terráqueo. Entre ellos están: el Museo Naval, en Madrid; el Museo Nuremberg, en Alemania; la Biblioteca Nacional de París; la Biblioteca Nazionale, en Florencia; la Biblioteca Pública de Weimar; la Biblioteca Medicea-Laurenziana, en Florencia; la Biblioteca Británica, en Londres; el Archivo General de Indias, en Sevilla; la Academia Real de Estocolmo; la Biblioteca Pierpont Morgan de Nueva York; la John Carter Brown Library, en Rhode Island, y el Museo Municipal de Kobe de Arte Namban, en Japón.

De esta manera, la compilación de los testimonios que sustentan su

¹ Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas y Fundación de Investigaciones Sociales, A.C., 1989.

² *Ibid.*, p. 16.

investigación es resultado de una acuciosa búsqueda realizada en bibliotecas y archivos fundamentales para la historia mundial. Debemos señalar que no menos relevantes son los repositorios nacionales en donde localizó muchos de los impresos, manuscritos y mapas de quienes llevaron a cabo empresas de reconocimiento y exploración de las tierras y aguas californianas.

Mediante el análisis erudito de este valioso *corpus* documental, León-Portilla describe los momentos más trascendentes de la historia de Baja California, relativos al conocimiento de sus perfiles geográficos.

Cinco son los periodos que el autor percibe en la cartografía colonial bajacaliforniana. El primero va de 1532 a 1539, lapso durante el cual Hernán Cortés encabezó las exploraciones hacia el noroeste de la Nueva España. El segundo inicia en 1539, culmina en 1595 y se caracteriza porque los viajes de reconocimiento pasaron al control virreinal. El tercero cubre los años de 1596 a 1682 y durante él numerosos buscadores de perlas contribuyeron con sus relatos a la demarcación geográfica de la península. Un cuarto periodo abarca de 1683 a 1734 y su importancia se centra en la calidad científica de quienes participaron en las exploraciones, pues fueron nada menos que los educados misioneros jesuitas. La última etapa resulta corolario de la anterior y principia en 1735 para concluir en 1777; a lo largo de ella se llegó a la representación definitiva de la California peninsular.

Con el fin de ubicar la justa proyección de la imagen de la península en la historia de la cartografía mundial, León-Portilla toma como punto de partida las exploraciones iniciadas en el siglo XV del *Mare Tenebrosum*. Con ello, según el autor, pareciera remontarse a tiempos muy anticipados el estudio de la cartografía relativa a Baja California.³ Sin embargo, es innegable que la península formaba parte del espacio respecto al cual el europeo del siglo XV abrigaba múltiples interrogantes cuyas respuestas empezaron a ser dilucidadas a partir de imágenes preconcebidas acerca de lo que había más allá del *Mare Nostrum* o Mediterráneo. En la mente de los exploradores de fines de siglo XV y principios del XVI, fluían imágenes inspiradas en pasajes bíblicos y literarios que se convirtieron en móvil y esperado destino de sus recorridos. La búsqueda —entre otros— del Estrecho de Anián, que supuestamente comunicaba el Atlántico con el Pacífico, o de las islas abundantes en oro y perlas, narradas por Marco Polo, parecía haber sido coronada con éxito en prácticamente cada expedición. Fueron constantes las referencias a formaciones insulares en los derroteros, diarios y relatos de las expediciones. De ese modo, el hecho de que la península hubiera sido identificada como isla, península o conjunto de islas, y que la confusión durara más de dos siglos, no es casual. Fue resultado del ánimo nunca agotado de hallar una isla rica en el codiciado oro o un estrecho que condujera por una vía más corta a las legendarias

³ *Ibid.*, p. 13.

islas de oriente. Por ello León-Portilla acierta al ubicar en este momento el inicio de la historia cartográfica de Baja California.

Asimismo, en el marco de la efervescente curiosidad desatada por el encuentro colombino, inscribe los primeros viajes realizados a la península por iniciativa del conquistador Hernán Cortés. Éste llevó a cabo, desde la Nueva España, el reconocimiento de la “Mar del Sur”, nombre con el que Vasco Nuño de Balboa había designado al océano Pacífico, en 1513.

Bajo las órdenes de Cortés, Diego Hurtado de Mendoza en 1532 y Diego Becerra y Hernando de Grijalva un año después efectuaron los primeros recorridos que español alguno realizara por costas de la península. El propio Cortés encabezó en 1535 una expedición hasta el actual puerto de La Paz. En 1540, envió a Francisco de Ulloa, quien logró ascender hasta la desembocadura del río Colorado.

León-Portilla deja claro que durante este periodo dos hechos son de la mayor trascendencia: por un lado, se realiza el hallazgo de una tierra a la que llamaron California en alusión a la isla poblada de mujeres y donde aparte de oro “no había otro metal alguno”, descrita en la obra de caballerías *Las Sergas de Esplandián*, de Garcí Ordóñez de Montalvo, publicada en 1510. Por otra parte, más allá de fantasías, pudo establecerse que no se trataba de una isla sino de una península, como lo corroboró el viaje de Ulloa, al llegar a la desembocadura del Colorado.

Tanto los relatos de Ulloa como los del piloto mayor de la expedición, Francisco Preciado, refieren el momento en que, luego de costear los litorales del macizo continental, en aguas del “Mar Bermejo” o Golfo de California, a la altura de los treinta y dos grados y tres cuartos, comenzaron a ver el agua a manera de río, —el Colorado— cuyas mareas impidieron remontarlo pues, con “orden y concierto”,⁴ menguaban hasta dejar seca la entrada y al crecer cubrían de agua una extensión de más de dos leguas de ancho, suceso que los condujo a regresar, pero ahora bordeando las costas de la península.

El conocimiento acerca de la naturaleza peninsular de California será refrenado dos años después por Hernando de Alarcón, pero esta certeza sería soslayada durante casi dos siglos. La explicación de ello no puede encontrarse sino en el deseo pertinaz de hallar la soñada isla rica en oro o un estrecho que condujera en forma directa a oriente.

Las noticias de los viajes encabezados por el conquistador llegaron a Battista Agnese, reputado cartógrafo genovés, quien en 1542 preparó un Mapa Mundi que constituye el primer trabajo cartográfico donde se delimita la península de Baja California. León-Portilla señala que el gran mérito atribuido a Agnese es que con notoria rapidez tuvo noticia de los recorridos de Cortés y de Ulloa, y de la misma manera incluyó esta información en sus mapas.

Otras dos cartas geográficas, junto con la de Agnese, constituyen los

⁴ *Ibid.*, p. 52.

primeros testimonios de la representación gráfica de la península en el contexto mundial y fueron publicadas, respectivamente, por Alonso de Santa Cruz en 1542 (el mismo año que la de Agnese, aunque menos precisa en su factura) y por Sebastián Caboto en 1544. Ambos autores ocuparon en diferentes momentos el cargo de Cosmógrafo Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla y muestran que en ésta se concentraba, con extraordinaria eficiencia, cuanta información llegase a España sobre los nuevos descubrimientos. Como señala León-Portilla, el rasgo distintivo del mapa de Santa Cruz⁵ es que arriba de la península aparece una inscripción indicando que se trata de tierra que envió a descubrir don Antonio de Mendoza, lo cual se interpreta como una abierta alusión a la competencia librada entonces por Cortés con el primer virrey de la Nueva España en el reconocimiento de las nuevas tierras. Este momento es el que justamente da inicio al segundo periodo de la cartografía californiana, cuando la Corona limitó la intervención de Cortés en todos sentidos, incluido el control de las expediciones al noroeste.

Como queda planteado en la obra que comentamos, la llegada del primer virrey Antonio de Mendoza a la Nueva España, en 1535, significó la institucionalización de la Conquista y la colonización de esas tierras. A partir de entonces la Corona obtuvo un control más directo de las iniciativas particulares en materia de exploraciones y conquista.

Sabido es que a través del título de *adelantado*, concedido por el rey de España, un conquistador emprendía, a su costa y riesgo, los avances de la expansión colonial. Eso llegó a representar un peligro para la Corona y en este sentido actuó el virrey contra las acciones de Cortés. Pero el objetivo fue más allá del mero control de la autoridad sobre sus súbditos; la expansión era el objetivo primordial ante el peligro representado por los eternos rivales: Inglaterra y Francia.

León-Portilla señala que, en esta etapa, el conocimiento cartográfico fue cada vez más importante por cuestiones de estrategia internacional, pues resultaba vital para mantener la salvaguarda de los territorios del imperio.⁶

Por lo anterior, a partir de este momento, la Corona convirtió las empresas de conquista y exploración en un proyecto oficial, tendiente a lograr el máximo dominio de tierras ultramarinas. Asimismo, el descubrimiento de las Filipinas y la necesidad de establecer una ruta de tornaviaje inducían a buscar un puerto precisamente en los litorales de lo que ahora ya se denominaba California.

En este proyecto intervinieron notables figuras, como Hernando de Alarcón, Juan Rodríguez Cabrillo y Sebastián Rodríguez Cermeño. Todos formaron parte de los intentos oficiales por establecer un sitio estratégico en el tornaviaje de Filipinas. Las narraciones de la expedición aportaron

⁵ *Ibid.*, p. 56.

⁶ *Ibid.*, p. 73.

nuevas luces sobre la geografía de la península. El viaje de Alarcón reiteró lo que ya había asentado Ulloa: California era, sin lugar a dudas, una península.

La información cartográfica del viaje de Rodríguez Cabrillo aparece en la obra de Giambattista Ramusio, *Delle navigationi et viaggi*,⁷ y en la de Pedro de Medina, titulada *Suma de cosmografía*, publicada en Valladolid en 1545. De igual forma, el viaje de Rodríguez Cermeño aportó información suficiente para la cartografía de la época y en ellas aparece identificada California como una península. Sin embargo, entre 1596 y 1682, es decir en la tercera etapa de la cartografía californiana, volvió a aparecer la creencia de que se trataba de una isla.

En este lapso fueron varias las expediciones emprendidas hacia California; entre ellas destacan las realizadas por Sebastián Vizcaíno, Francisco de Ortega y Pedro Porter y Casanate, cuyo objetivo era la búsqueda de yacimientos perleros, además del compromiso oficial de establecer puntos estratégicos de colonización en la península. La mayoría resultaron fallidos en tanto no se encontraron perlas ni metales preciosos, tan codiciados por los posibles colonizadores.

Sin embargo, los diarios y derroteros permitieron hacer una demarcación más amplia de los litorales de la península, aunque siguió vigente la suposición de que en algún sitio debería estar el tan buscado Estrecho de Aníán, que facilitaría el paso a oriente.

Las fallidas empresas de colonización civil intentadas desde Cortés y la necesidad apremiante de extender y consolidar las fronteras del imperio fueron razones suficientes para que las autoridades virreinales aceptaran incorporar a la Compañía de Jesús en el proyecto californiano. Para León-Portilla, con la participación jesuita se logró la penetración permanente y definitiva en la península y se exploró detenidamente hasta precisar su perfil geográfico.⁸ Son, pues, las expediciones jesuitas las que se llevan a efecto en los dos últimos periodos aludidos de la historia de la cartografía peninsular.

En la labor de reconocimiento de las tierras californianas destaca la figura de Eusebio Francisco Kino, a quien se deben observaciones geográficas sorprendentemente precisas, a pesar de los instrumentos que empleó en sus mediciones y cálculos. Kino, que en principio partía de la concepción insular de California, logró paulatinamente llegar al concepto de su peninsularidad, lo cual logró mediante entradas marítimas por el golfo de Cortés y desde la Pimería Alta, es decir, la actual Sonora.

Otros jesuitas, como Fernando Consag, Jacobo Sedelmayer y Wenceslao Linck, efectuaron viajes de exploración por mar y tierra y vinieron a confirmar lo dicho por Kino: la California era una península. No obstante

⁷ Giambattista Ramusio, *Delle Navigationi et viaggi*, 3 v., Venetia, Nella Stamperia de Giunti, 1565.

⁸ León-Portilla, *op. cit.*, p. 105.

lo anterior, hubo quienes aún se empeñaron en indagar acerca de la existencia de un estrecho al norte de California. Sin embargo, las aportaciones que en materia de cartografía hicieron los jesuitas fue determinante para llegar a la imagen definitiva de la California peninsular.

De esta forma, a lo largo de la *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, León-Portilla ofrece un estudio profundo sobre cómo se fue delimitando la península en el conocimiento cartográfico de la Nueva España.

Junto a esa obra, León-Portilla escribió otras dos que en cierta forma pueden considerarse los prolegómenos de aquella.

La primera es el artículo titulado "Trayectoria cartográfica de Baja California Sur", publicado en 1982.⁹ Explicó que su intención no fue hacer un estudio de geografía histórica, pues ello implicaría la elaboración de mapas actuales son las rutas de los exploradores. Su propósito consistía en mostrar la cartografía producida en el momento en que tuvieron lugar las expediciones. Como puede advertirse, finalmente consiguió ambos objetivos con la publicación de la *Cartografía*.

Otro de los trabajos relacionados con esa temática es *Hernán Cortés y la Mar del Sur*.¹⁰ En este estudio el autor aborda la serie de expediciones dirigidas hacia la península por orden del conquistador de la Gran Tenochtitlan. Analiza las exploraciones de Cortés a la luz de un proyecto más amplio de éste, vinculado con la expansión colonial hacia las tierras que inicialmente habían sido objetivo primordial de Colón: las ricas islas de oriente. A través de las páginas de este libro, se advierte la forma como Cortés fue estructurando sus conocimientos y el interés particular que despertó desde su llegada la parte poniente de lo que nombró Nueva España.

Otra aportación más de contenido cartográfico la constituye "El primer testimonio sobre el Valle de Mexicali. La crónica de Pedro Castañeda, escrita hacia 1560".¹¹ Este texto forma parte de la "Relación de la jornada de Cíbola", escrita por Castañeda tras haber formado parte de la expedición hacia el noroeste de la Nueva España, comandada por Francisco Vázquez de Coronado, entre 1540 y 1541.¹²

Para quienes nos dedicamos a la historia de Baja California, cuyas

⁹ León-Portilla, "Trayectoria cartográfica de Baja California Sur", en *Memoria de la III Semana de Información Histórica de Baja California Sur*, La Paz, Universidad Autónoma de Baja California Sur, FONAPAS, Promotores Voluntarios, 1-5 de noviembre de 1982, p. 7-57.

¹⁰ León-Portilla, *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

¹¹ León-Portilla, "El primer testimonio sobre el Valle de Mexicali. La crónica de Pedro Castañeda, escrita hacia 1560", en *Calafia*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1973, v. II, núm. 3, p. 49-54. Reeditado en: *California Mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Baja California, 1995, p. 141-150.

¹² Pedro Castañeda de Nájera, "Relación de la jornada de Cíbola", publicada por primera vez en George P. Winship, *14th Annual Report of Bureau of Ethnology*, Washington, Smithsonian Institution, 1896.

ciudades son relativamente recientes, el encuentro de documentos antiguos sobre la historia de nuestras localidades constituye un valioso hallazgo. Éste es el caso de la crónica de Castañeda, pues es la primera referencia conocida sobre lo que ahora es el Valle de Mexicali. En la narración podemos advertir la singular importancia de éste en las cuestiones entonces debatidas sobre la configuración geográfica del área.

Como se ha referido, una de las incógnitas que envolvió a la historia de la península durante mucho tiempo fue su naturaleza insular. El testimonio de Nájera justamente refiere que, en la entrada hacia el poniente del río del Tizón [Colorado] que Melchor Díaz realizó por órdenes de Coronado, con el objetivo de reunirse con las naves de Alarcón, concluyó que éstas debían haber regresado al toparse con el mencionado río, “porque no podía correr hacia adelante, porque aquella mar era ancón, que tornaba a volver sobre la isla de Marqués que dicen California y [así] dieron relación de cómo la California no era isla sino punto de tierra firme”.¹³

La entrada de Melchor Díaz también dio cuenta de los “médanos de ceniza ferviente [...] La tierra que hollaba temblaba como témpano que parecía que estaban debajo algunos lagos. Pareció cosa admirable que así hervía la ceniza en algunas partes que parecía cosa infernal”.¹⁴ Ésta es una referencia clara a la zona geotérmica de Cerro Prieto, donde ahora se localiza la importantísima planta generadora de energía eléctrica.

Asimismo, la crónica de Nájera relata las costumbres de los indígenas yumanos que habitaban las márgenes del río Colorado y los constantes enfrentamientos que tuvieron con ellos durante todo el trayecto, en que el propio Melchor Díaz perdió la vida.

Éste es, pues, uno de los documentos primordiales para la historia de una de las localidades bajacalifornianas, que con el correr del tiempo ha venido a ser la capital del estado.

Las crónicas californianas como materia de estudio

Una parte significativa de la labor del doctor Miguel León-Portilla sobre la península de Baja California ha consistido en publicar importantes textos, a veces inéditos, que ha sacado a luz precedidos por valiosos estudios introductorios.

La *Historia Natural y Crónica de la Antigua California* de Miguel del Barco,¹⁵ la *Historia de la Antigua o Baja California* de Francisco Xavier

¹³ León-Portilla, *California Mexicana...*, p. 146.

¹⁴ *Ibid.*, p. 147.

¹⁵ Miguel del Barco, *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973. En 1988 se hizo una segunda edición de esta obra.

Clavigero¹⁶ y *Vida de fray Junípero Serra y misiones de la California septentrional* de Francisco Palou,¹⁷ en un tiempo difíciles de consultar, constituyen ahora fuentes de fácil acceso. Al publicarlas, León-Portilla dio a conocer tres obras de primera importancia dentro de la crónica religiosa, hecho que por sí mismo significa una auténtica aportación a la historiografía no sólo bajacaliforniana, sino a la del país en general.

Como se sabe, cada orden tenía especial interés en llevar un detallado registro de sus actividades. Éste generalmente adquiría cuerpo en obras apologéticas que ponían de relieve los avances logrados por la orden respectiva en favor de la fe cristiana.

Las dos primeras crónicas corresponden a la orden jesuítica, que estuvo a cargo de la evangelización de la península entre 1683 y 1768, año éste en que fueron expulsados de los dominios del rey de España. Tanto la obra de Del Barco como la de Clavigero poseen la característica de haber sido escritas cuando sus autores se encontraban en el exilio. La de Del Barco está respaldada por treinta años de experiencia en su calidad de misionero en la California y la de Clavigero en su acuciosa consulta de todo tipo de fuentes y en su sólida formación humanística.

La minuciosidad con que los dos eminentes jesuitas refieren la naturaleza y el quehacer de los religiosos en esta parte de la Nueva España indudablemente obedeció a la intención de justificar la presencia de la Compañía de Jesús, cuyas actividades se habían visto abruptamente interrumpidas por el decreto de expulsión de Carlos III. Sin embargo, es innegable su valor como fuentes para la historiografía bajacaliforniana.

Historia natural y crónica de la antigua California, de Miguel del Barco

En el estudio preliminar, León-Portilla explica que el propósito inicial del autor era hacer una serie de correcciones y enmiendas a la crónica que las autoridades de la orden habían encomendado al padre Miguel Venegas en 1734.¹⁸

Como tantos otros cronistas de oficio, Venegas no conocía físicamente el objeto de su estudio, por lo que hubo de valerse de una serie de documentos y testimonios orales de los compañeros de orden relacionados con la empresa californiana. Sin embargo, esto no lo libró de incurrir en múltiples imprecisiones y errores.

Cuando Barco tuvo en sus manos la obra, determinó contribuir con su

¹⁶ Francisco Xavier Clavigero, *Historia de la antigua o Baja California*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1970 (Col. Sepan Cuántos, 143).

¹⁷ Francisco Palou, *Vida de fray Junípero Serra y misiones de la California septentrional*, México, Porrúa, 1970 (Col. Sepan Cuántos, 143). En este número de dicha colección se incluye también la obra de Clavigero mencionada en la nota de pie de página anterior, ambas con los respectivos estudios introductorios de León-Portilla.

¹⁸ Miguel del Barco, *op. cit.*, p. XI.

experiencia *in situ* para corregir lo que él consideró errores graves; por eso su texto tiene una estructura adecuada conforme a esa intención. Pero, tal como afirma León-Portilla, la estancia de Del Barco en la península por casi treinta años, la lucidez de su memoria y su agudo sentido de observación dieron como resultado una obra con características propias, esto es, más allá de las correcciones que originalmente se había propuesto realizar. De allí la razón expuesta por León-Portilla para titular a la obra de Del Barco *Historia natural y Crónica de la Antigua California*, en lugar del título original de *Adiciones y Correcciones a la Historia o Noticia de la California de Miguel Venegas*.¹⁹

El trabajo de Del Barco permaneció inédito por más de dos siglos, conservado en la Biblioteca Nazionale Vittorio Emmanuele II, de Roma, hasta que León-Portilla se dio a la tarea de publicarlo.²⁰

Tratándose de una obra escrita en la segunda mitad del siglo XVIII, se advierte la acusada sensibilidad del misionero para describir el medio natural y la sociedad indígena. No olvidemos que ése fue un tiempo de apogeo naturalista, donde el afán por conocer la variedad biológica y humana del planeta se convirtió en un propósito recurrente de cronistas y viajeros. La obra de Del Barco es notable por sus alcances en términos de lingüística, etnografía e historia; describe en detalle la fauna y flora de la península, sin faltar una amplia explicación acerca de las propiedades de cada ejemplar. Asimismo, hace mención del empleo que daban los indígenas a los recursos del entorno geográfico y cómo éstos les permitían sobrevivir en un medio desértico y hostil.

Por otra parte, la obra de Del Barco es valioso testimonio de un acontecimiento histórico de gran trascendencia: el encuentro de dos culturas diametralmente distintas. En el estudio preliminar queda implícita una justa valoración acerca de este hecho, pues al tiempo que describe la labor de los misioneros jesuitas en la península permite conocer los rasgos culturales de la población aborigen. En suma, a través de esta obra no sólo se enriquece la historiografía bajacaliforniana, sino que también hay atisbos de cuestiones a las que con mayor amplitud dedicará su atención la antropología.

La antigua y nueva California

Como ya señalamos, al iniciar la década de los setenta, León-Portilla puso a disposición de los investigadores dos obras de la historiografía bajacaliforniana, la *Historia de la Antigua o Baja California*, de Francisco Xavier Clavigero, y *Vida de fray Junípero Serra y misiones de la California septentrional*, de fray Francisco Palou.

¹⁹ *Ibid.*, p. XVI.

²⁰ *Ibid.*, p. VII.

La primera forma parte de la abundante literatura dejada por los cronistas jesuitas y constituye un clásico de la historia novohispana. Nacido en Veracruz en 1731 e incorporado a la orden de la Compañía de Jesús en 1748, Clavigero es considerado uno de los primeros historiadores mexicanos. La objetividad y el equilibrio son rasgos distintivos de sus obras. En el caso de Baja California, tuvo especial cuidado en documentarse en forma amplia y de llevar a cabo una rigurosa crítica a sus fuentes, debido a que nunca había estado en la península. Uno de los trabajos de los que más se sirvió fue el de Miguel del Barco, a quien, por cierto, le dio el debido crédito.²¹

Una de las mayores aportaciones de la obra de Clavigero es que sintetiza la abundante información que se tenía sobre las misiones jesuitas de California. Además es muy claro al afirmar que ellas habían contribuido a afianzar la soberanía española en el septentrión novohispano.

Como se sabe, la obra de Clavigero fue publicada en forma póstuma en Venecia en 1789, dos años después de su muerte. En México salió a la luz traducida del italiano en 1852, así que la reedición preparada por León-Portilla en 1970 fue del todo oportuna y necesaria.

Igualmente útil resultó la publicación de la obra de Francisco Palou *Vida de fray Junípero Serra y misiones de la California septentrional*. Contemporáneo de Clavigero, Palou fue presidente de las misiones franciscanas de California y su libro describe —a través de la vida de Junípero Serra— el establecimiento de las primeras misiones en la Alta California.

Esta obra representa uno de tantos casos del género biográfico religioso que con tono apologético describía los esfuerzos de un fraile ejemplar por expandir la fe cristiana. Serra había sido superior, maestro y amigo personal de Palou, de ahí el tono de admiración que caracteriza a la obra. Al mismo tiempo que exalta la vida de Serra, Palou es una fuente fundamental para conocer el desarrollo inicial de las misiones altacalifornianas. Éstas formaron parte del proyecto de expansión colonial puesto en marcha por el régimen borbónico, que en Nueva España tendría su promotor principal en el visitador José de Gálvez, quien fue de los más preocupados por consolidar el control de la parte peninsular de la California y lograr la ocupación de la Alta California, así que, luego de la expulsión de la orden jesuita en 1768, encomendó a los franciscanos la empresa californiana. En la obra de Palou se hace referencia a la célebre expedición llevada a cabo por Junípero Serra y el capitán Gaspar de Portolá, que inició en el Puerto de Loreto en 1768 y culminó al fundar la misión de San Diego en 1769. Ésta es una de las escasas crónicas que aportan noticias sobre la zona donde posteriormente surgieron importantes núcleos de población, como Ensenada y Tijuana.

²¹ *Ibid.*, p. VIII.

Los dominicos y la frontera misional

Otro estudio introductorio que aporta mucho es el escrito por León-Portilla para el libro de Peveril Meigs, *La frontera misional dominica en Baja California*, que recientemente reeditó la Universidad Autónoma de Baja California.²² En él hace un interesante análisis sobre las implicaciones metodológicas expuestas en la obra y una contextualización de la misma en el marco de la historiografía peninsular.

Considera que la reedición de la obra —salida a luz por primera vez en 1935— constituye un acierto, en tanto se trata de un estudio insuperado en muchos aspectos, sobre todo en su enfoque geográfico-histórico.²³

León-Portilla ya se había encargado de estudiar la etapa dominica en la obra colectiva *Panorama Histórico de Baja California*, publicada por la Universidad Autónoma de Baja California en 1983.²⁴ Tanto Meigs como él hacen énfasis en la importancia representada para la Corona española por el territorio comprendido entre la parte media de la península y lo que se denominó Alta California.

Durante la estancia de los jesuitas en la península, esa zona no pudo ser completamente integrada al control virreinal, a pesar de los esfuerzos puestos en ello por los religiosos de la Compañía de Jesús. En esa virtud, después de su expulsión en 1768, las autoridades tuvieron especial interés en que los franciscanos, que quedaron como sucesores de los ignacianos, crearan misiones en esa región, pero las expectativas que ofreció la Alta California concentraron el interés de los hermanos de Asís, por lo que la región continuó casi desatendida.

Tras el acuerdo logrado entre las órdenes de Santo Domingo y San Francisco, la península quedó separada de la Alta California en 1773, correspondiendo a los dominicos la labor de evangelizar la Antigua Baja California. Para entonces las misiones ex jesuitas estaban prácticamente en decadencia, la población aborígen en vías de extinción y núcleos de mestizos provenientes del macizo continental empezaban a surgir. Sin embargo, aún quedaba la parte septentrional sin tener un solo asentamiento colonial. La misión más al norte era la de San Fernando Velicatá, fundada por los franciscanos a la altura de los veintinueve grados de latitud norte. De esta manera, los dominicos tuvieron la tarea de cubrir ese vacío, o “país intermedio”, como lo designó Francisco Palou, que —tal como afirma León-Portilla— se constituiría, por coincidencia entonces imprevi-

²² Peveril Meigs, *La frontera misional dominica en Baja California*, México, SEP, Universidad Autónoma de Baja California, 1995 (Colección Baja California: Nuestra Historia, 7).

²³ *Ibid.*, p. 16.

²⁴ David Piñera Ramírez (coord.), *Panorama Histórico de Baja California*, Tijuana, UNAM-UABC, Centro de Investigaciones Históricas, 1983.

sible, en la frontera más septentrional que pudo conservar México frente a la voracidad del vecino del norte.²⁵

Partiendo de la concepción de Meigs acerca de la importancia que cobra el entorno geográfico en los procesos históricos, León-Portilla considera que la evangelización de la península estuvo condicionada en un altísimo grado por las peculiaridades de la geografía. Pero, no obstante ciertas adversidades presentadas por ésta, las misiones dominicas lograron un objetivo al parecer inalcanzable: controlar todo el territorio peninsular de manera que la Alta California quedara unida con el extremo sur de la península a través de una cadena de misiones.

En ese sentido, León-Portilla señala que los centros misionales dominicos son el antecedente de la colonización que culminó en el siglo XX y que se establecieron, además, en la única región de la península donde habitan todavía algunos centenares de descendientes de los pobladores autóctonos.

La California Mexicana

Recientemente, León-Portilla publicó una selección de sus estudios de tema californiano con el título *La California Mexicana. Ensayos acerca de su historia*.²⁶ En ella incluye numerosos trabajos publicados en libros y revistas. Entre ellos podemos destacar “Significación de la California Mexicana”²⁷ y “Paradojas en la Historia de Baja California”,²⁸ referentes a la proyección de la península en términos de historia universal y a la conveniencia de estudiarla. En el primero señala sus implicaciones en el poblamiento de América, donde los primeros habitantes, en su constante caminar, se encontraron prácticamente “atrapados” en un territorio que no ofrecía salida terrestre hacia el sur.

En el segundo hace notar que la península fue un punto estratégico de la ocupación del noroeste novohispano y foco de intereses extranjeros desde el siglo XVIII. Como paradoja, advierte el aislamiento y olvido en que permaneció prácticamente hasta tiempos muy recientes. Los gobiernos nacionales de la pasada centuria poco lograron hacer para comunicar esta apartada región del país.

Desde otro ángulo, apunta los problemas ecológicos que encierran muchos proyectos de desarrollo turístico o industrial y que han motivado

²⁵ Peveril Meigs, *op. cit.*, p. 11.

²⁶ Para la ficha bibliográfica completa, véase la nota 11.

²⁷ Publicado originalmente en *Memoria de la II Semana de Información Histórica de Baja California Sur*, La Paz, Universidad Autónoma de Baja California Sur, FONAPAS, Promotores Voluntarios, 3-7 de mayo de 1982, p. 135-146.

²⁸ Publicado originalmente en la revista *Universidad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, v. XXVI, núm. 5, p. 10-18.

la organización de grupos ecologistas preocupados por impedir el deterioro ambiental de la península.

Cabe destacar otros dos trabajos incluidos en *La California Mexicana: "Los primeros californios: prehistoria y etnohistoria"*²⁹ y "Las lenguas indígenas de California".³⁰ Ambos describen los rasgos característicos de la población autóctona a través del análisis de las crónicas coloniales y de los estudios actuales realizados por etnógrafos y arqueólogos. En ellos se reitera la importancia de continuar estudiando a la población aborigen, a partir de análisis interdisciplinarios.

Aportaciones a la institucionalización de los estudios históricos sobre Baja California

Finalmente, no podemos dejar de mencionar las actividades académicas del doctor León-Portilla que se han traducido en aportaciones a la indagación del pasado bajacaliforniano.

En primer término señalemos sus empeños para organizar el Archivo Histórico de Baja California Sur.³¹ Ello se remonta a un viaje que realizó a La Paz en 1968, durante el cual se enteró con sorpresa que, en un local anexo a la cárcel pública de la ciudad, se encontraba nada menos que el acervo de documentos oficiales que desde los años de la colonia se había venido integrando. Es decir que se encontraban ahí, en un sitio completamente impropio y sin la más mínima protección, las fuentes documentales de la historia peninsular. Dado que en ese tiempo era director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, propuso a las autoridades locales un proyecto conjunto para organizar y preservar debidamente ese valioso *corpus* documental. Fue así como, con metodología y técnicas idóneas, se rescató el Archivo Histórico de Baja California Sur, que en la actualidad, con instalaciones y personal adecuados, presta eficientes servicios a los interesados en el pasado regional.

En segundo término, nos referiremos a la participación decisiva de León-Portilla en la creación del Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, con sede en la ciudad de Tijuana.

Como es sabido, cuando era titular de la dirección del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, se caracterizó por impulsar el estudio de la historia de Baja California en cuantas formas tenía a su alcance. Una de ellas fue pensar en la

²⁹ Publicado originalmente en David Piñera Ramírez, *op. cit.*, p. 15-45.

³⁰ Publicado originalmente en *Memoria de la IV Semana de Información Histórica de Baja California Sur*, La Paz, Universidad Autónoma de Baja California Sur, FONAPAS, 2-6 de mayo de 1983, p. 7-13.

³¹ De ello se da noticia en Miguel León-Portilla, "El Archivo Histórico de Baja California Sur, sus antecedentes y su reciente creación", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid*, octubre-diciembre de 1970, t. XXIX, núm. 4.

conveniencia de crear en el norte de la península un centro dedicado a la investigación histórica regional, con elementos bajacalifornianos.

Tratando de poner en práctica la idea, pensó que una buena solución consistía en que la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma de Baja California coordinaran esfuerzos en ello. Así, en su oportunidad, planteó la situación a los rectores de ambas casas de estudio, doctor Guillermo Soberón e ingeniero Luis López Moctezuma. Por fortuna, ambos aceptaron la idea, de tal manera que en 1975 se procedió a elaborar un convenio, en una de cuyas cláusulas fundamentales se asentó textualmente: “Se requiere estudiar con una metodología profesional los desarrollos históricos de las diversas regiones del país, para así enriquecer la historia nacional. Entre esas regiones destaca la península de Baja California [...] por ser una zona fronteriza...” Más adelante se menciona ahí “...el elevado número de fuentes que existen sobre ella, no estudiadas aún con suficiente amplitud”.

Esa fórmula de conjunción de esfuerzos y de asesoría brindada por un instituto de la capital del país a un centro ubicado en un estado de la república resultó fecunda, pues los frutos se hicieron ostensibles a través de publicaciones³² y de la formación de un equipo de trabajo integrado por investigadores locales. Más tarde, tras aproximadamente tres lustros de labores conjuntas, se consideró que el centro bajacaliforniano había alcanzado la madurez necesaria para continuar sus tareas por sí mismo. Fue así como, en 1991, se le confirió el rango de Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California, dependiente en forma exclusiva de esta Casa de Estudios.³³

Con anterioridad —en 1990—, dicha universidad otorgó a León-Portilla el grado de doctor Honoris Causa, en reconocimiento a su destacada trayectoria académica y a los valiosos servicios recibidos de él.

Para concluir, hay que hacer referencia a la donación que hizo Miguel León-Portilla, juntamente con su esposa, Ascensión Hernández de León-Portilla, de la valiosa colección “California Mexicana”, que vino a enriquecer en el año de 1995 el acervo de la biblioteca del aludido Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California.³⁴

³² Entre otras, se pueden mencionar las siguientes obras colectivas: *Panorama Histórico de Baja California*, 1983; *Historia de Tijuana*, 1985, y *Visión Histórica de la Frontera Norte de México*, 1987, coordinadas por David Piñera Ramírez, y *Mexicali. Una Historia*, 1991, coordinada por Jorge Martínez Zepeda y Lourdes Romero Navarrete.

³³ Cabe agregar que las relaciones con el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México continúan siendo bastante estrechas y cordiales, pues se tienen varios proyectos específicos en los que se trabaja conjuntamente. En junio de 1995 se celebró formalmente el vigésimo aniversario de la fundación del Centro, hoy Instituto, con la asistencia, entre otras personas, de la actual directora del mencionado Instituto de la UNAM, doctora Gisela von Wobeser, y de los ex directores, doctor Miguel León-Portilla y maestro Roberto Moreno de los Arcos.

³⁴ La ceremonia de entrega se efectuó el 23 de febrero de 1995 en las instalaciones del



Se trata de un valioso acopio cuyo registro asciende a 1600, entre libros, revistas, folletos, sobretiros, mapas y planos sobre Baja California en sus distintas épocas. Algunos son verdaderas joyas de bibliófilos, libros raros de los que sólo quedan unos cuantos ejemplares en ciertas bibliotecas del país o del extranjero, folletos o mapas muy poco conocidos. En fin, ese tipo de materiales que por lo general sólo llega a manos de expertos en la materia, a veces tras búsquedas que requieren tiempo y empeño. Por ello su donación constituye un ejemplar gesto de generosidad.

Éstas son, a grandes rasgos, las aportaciones que ha realizado Miguel León-Portilla a la cartografía y a las crónicas bajacalifornianas, aportaciones que —como hemos señalado— no se limitan exclusivamente al plano intelectual, sino que han tenido también una elevada dimensión humana.